

IX.

Los americanos nos . . . protegen.—Incendian nuestros pueblos inermes.—Testimonios históricos.—Su entrada en México.—Noche lúgubre.—Heroísmo de algunos patriotas.—Robos, asesinatos, violencias inauditas.—El pabellón de las estrellas clareado por veintidos balas mexicanas.

Aquí es muy oportuno recordar de qué manera fuimos protegidos por los americanos en 1847, cuya protección, anunciada como hemos visto, en Monterey, al apoderarse de la ciudad en 1842, se ha convertido ahora en la protección de obligarnos á su mercado, para protegerse con nuestro dinero. Lo que citemos, tomado al azar, será una sola gota de la copa de néctar y ambrosía que, llenos de febricitante amor, han aplicado á nuestros maldicientes é ingratos labios esos ángeles y querubines de la moderna civilización.

“En el Republicano del 14 de Abril, núm. 104, se refiere: Que la mayor parte de la ciudad de Monterey ha sido quemada desde la esquina de la quinta del general Arista hasta la plaza del mesón: del lado del Norte, hasta los puentes, sin quedar más que un cuadro de casas por los cuatro rumbos: tiraron la torre de Catedral y fundieron todas sus campanas. El convento de San Francisco lo han destruido completamente y allí tienen toda su caballada.

“Han quemado todos los pueblos desde Marin hasta cerca de Mier, sin dejar más que ruinas, y lo mismo han hecho desde la Estancia hasta Cerralvo. No han dejado rancho que no hayan destruido; quemaron, desde Reinosá, todos los ranchos hasta Matamoros; y ha dicho el jefe de estos vándalos, que al acercarse allí Urrea, prenderá fuego á toda la población.” (1)

Véase cómo se describe en otro libro la lucha habida en las

(1) “Historia de la invasión de los anglo-americanos,” por C. M. Bustamante. pág. 165.

calles de México, y los excesos de los invasores. ¡Hay que contener las palpitaciones!

“Entretanto, el combate se había generalizado ya: en todas las calles que había ocupado el ejército enemigo, se peleaba con arrojo y entusiasmo. La parte del pueblo que combatía, lo hacía en su mayoría sin armas de guerra, á excepción de unos cuantos, que más dichosos que los demas, contaban con una carabina ó un fusil, sirviéndose el resto para ofender al enemigo, de piedras y palos, de lo que resultó que hicieron en los mexicanos un estrago considerable las fuerzas americanas.

“Algunos nacionales de los que la noche anterior se habían visto obligados á abandonar sus puestos, salieron de sus casas á la calle, llevando consigo sus fusiles para tomar parte en la refriega.

“Ocupáronse algunos edificios altos y varios templos, desde donde se podía hacer más daño á los enemigos. De los barrios de S. Lázaro, San Pablo, la Palma, y el Cármen, se veían brotar hombres decididos á buscar la muerte por defender su libertad; y muchos que, á consecuencia de la distancia, no podían ofender á sus contrarios con sus armas improvisadas, salían á mitad de las calles, sin otro objeto que provocarlos, para que se arrojaran sobre ellos, y, pudiera el que tenía fusil, dispararlo con buen éxito.

“Todo el día resonó en la ciudad el ruido desolador de la fusilería, y la artillería, haciendo estremecer los edificios hasta en sus cimientos, difundía por todas partes el espanto y la muerte. Horas enteras se prolongó la lucha emprendida por una pequeña parte del pueblo, sin plan, sin orden, sin auxilio, sin ningún elemento que prometiera un buen resultado; pero lucha, sin embargo, terrible y digna de memoria.

“Acciones sublimes, rasgos hermosos de valor y de heroísmo, se verificaron sin duda entónces, que quedarán por siempre relegados al olvido, sin que la historia pueda recoger los nombres de los que así se sacrificaron por la Patria, sin que ellos al morir hayan tenido otra recompensa que la satisfacción interior que resulta del cumplimiento del deber.

“Aun en medio del combate, los enemigos se entregaron á los más infames excesos: horribles fueron los desastres que señalaron la ocupación de México. El que no haya visto á una población inocente, presa de una soldadesca desenfrenada, que ataca al desarmado, que fractura las puertas de los hogares para saquearlos, asesinando á las pacíficas familias, no puede formarse idea del

aspecto que presentaba entonces la hermosa cuanto desgraciada capital de la República. Una tropa ordenada, disciplinada y bien organizada, que aparece triunfante en una población, causa á los habitantes solamente el pesar de ser subyugados por la fuerza; pero un ejército *mal equipado* en su mayoría, *desordenado y vicioso, que ostenta con el descaro de la embriaguez, los adefesios del juglar en sus vestidos, y la feroz brutalidad del salvaje en sus excesos, más que el soldado valiente, representa al bandido y causa á la víctima de su iniquidad más que el pesar del vencimiento, la vergüenza de la humillación*"

He aquí, según la historia, á los hombres de la República modelo.!

Pero, comprimiendo nuestra cólera, prosigamos leyendo:

"Los combates parciales, que no se habían suspendido durante el día, cesaron con la llegada de la noche, aunque no dejaron de interrumpir su solemne silencio algunos tiros que de tarde en tarde se oían estallar, sin que se viese la mano que los disparaba, y la voz de "¡alerta!" de los patriotas, que recordaba al enemigo que aún había en México hombres que velaban por su independencia.

"La noche estaba oscura y pavorosa: las dolientes familias permanecían dentro de sus casas, temiendo constantemente que vieran los americanos á romper sus puertas y á ejecutar en sus personas los crímenes más vergonzosos: temblaba el anciano padre por su hija inocente, y ella por la vida de éste: ni un farol, ni una luz de ninguna especie alumbraba á la pavorosa México; los cadáveres quedaron esparcidos por toda la ciudad: muchos soldados de caballería recorrían la ciudad, dando con sus sables en las paredes, y violando las puertas de las casas particulares y tiendas de comercio, extraían de unas los efectos más preciosos y de otras los comestibles, y las muy pocas tiendas que estuvieron abiertas en el día, ocasionaron que la gente pacífica permaneciera sin ellos.

"Puede asegurarse que la mayor parte de la numerosa población de México pasó en vela aquella noche funesta: ¿quién duerme con la imágen de la Patria recientemente ultrajada, y con la memoria dolorosísima de los muchos mexicanos que habían perecido en aquel día y los anteriores? Pocas familias, en verdad, dejaron de llorar uno ó más objetos amados.

"Amaneció, por fin, el día 15; y cuando ya los buenos ciudada-

nos lamentaban el que se hubiera aplacado la ira popular, y por consiguiente la alarma, en la que veían una esperanza de recobrar la libertad, volvió á resonar el estallido de las armas, y con él la voz general de entusiasmo: voz sublime entónces, como que revelaba un pueblo decidido y valiente. Volviéronse á renovar las terribles escenas del día anterior sobre un suelo manchado de sangre, sin que bastaran á entibiar el furor del pueblo las continuas amenazas del general Scott, que juró asolar la manzana desde la cual saliera un tiro sobre sus tropas" (1)

¡La pluma quema nuestra mano al copiar este lúgubre fragmento y cada gota de tinta es ménos negra que nuestro dolor! No vimos eso que aquí se refiere; no habíamos nacido; pero si hubiéramos vivido, siquiera en el claustro materno; como en él el Bautista saltó de gozo, habríamos también saltado nosotros pero de patriotismo y de furor. . . .!

¡Ay! ¡cómo no fuimos siquiera de aquellos que en el humeante Churubusco "*acertaron veintidos tiros al pabellón americano* que levaba Twigg entre las manos despedazado."! (2)

X.

¡Paz; no recriminaciones!—Poinsett y su semilla.—Historia, y nada más historia.—Confesiones de la política yankee—"El Señor D. Juan de Robles"—Premio gordo.—Unámonos.

La lectura de las líneas anteriores habrá desgarrado el corazón de nuestros compatriotas, y vistos los males que hoy con semblante de hipócrita amistad, nos hace el americano, arderán en deseos de oponerse á sus continuos y solapados avances. Los medios al parecer para lograr este objeto, ya los exponemos más adelante; pero aquí conviene hacer comprender á uno de los partidos en que está dividida la República que debe arrepentirse de

(1) "Apuntes para la historia de la guerra entre México y los E. Unidos," por varios autores pág. 328.

(2) Obra citada pag. 258

las exageradas simpatías que ha manifestado al enemigo de nuestra nacionalidad y nuestra raza. No acriminamos á todos los hombres que componen ese partido, ni queremos sembrar odio y división; otro, muy otro es nuestro intento conciliador. Hacemos la justicia á muchos de los que han figurado ó figuran aún en ese partido de creer que no han medido la consecuencia de ciertos pasos, ni el perjuicio espantoso de determinadas combinaciones, cuya esencia y cuyo fondo les son quizá completamente desconocidos.

Pero si hemos de extirpar los males, preciso es que ahondemos en sus causas y raíces.

El principal medio de acción que ha tenido y tiene el americano entre nosotros es lo que él mismo por medio de su ministro Poinsett, sembró y cosecha: un elemento anexionista, que tiene su cuartel general en las lógias masónicas. Ciego voluntario será quien no vea la acción de este elemento que, al desenvolverse, adquiriendo cierta preponderancia material, ha perdido lo que vale más, el crédito y la influencia moral. La ventaja aparente está de su lado; la real está del nuestro.

Pero si alguno quisiere fingir ignorancia acerca de la existencia de este pernicioso elemento, le obligaremos á mirar lo que ver no quiere.

Ya hemos dicho que desde nuestra independencia los norte-americanos, nos empezaron á socavar. Sus medios, ellos mismos los tienen confesados: comienzan *pacíficamente* por colonizar, como en Tejas y luego se apropian el territorio. ¿Dicen que no? Pues oigan, entre cien confesiones *oficiales*, esta del ministro Wilson Shannon: "la adquisición de Tejas, ha sido un fin invariablemente seguido, una medida política largo tiempo alimentada *por todos nuestros partidos* (*óiganlo los ilusos que piensan que algun partido nos defiende allí con sinceridad*) y creída indispensable para nuestra seguridad" (1)

Las tendencias del invasor Scott en sus proclamas y sus actos fué siempre la de dividir á los mexicanos y favorecer y levantar un partido anexionista. Con la espada chorreando sangre mexicana pretendía hacerse simpático al corregir ciertos males públicos, hechos aquí por nuestros gobiernos; pero por *contragolpe* americano. Esa conducta era la caritativa aquí consignada.

1 Nota de 14 de Octubre de 1844.

"El señor D Juan de Robles
Con caridad sin igual
Hizo este santo hospital;
Mas primero hizo los pobres."

El mismo decía: que venia sólo á castigar el delito, á respetar la propiedad civil y eclesiástica y (*¡oh sarcasmo!*) á premiar el mérito y la virtud." (1) Y para que el premio gordo de la virtud no faltase, el mismo Scott, á quien un escritor, más bien frio que imparcial, llama "humano," el mismo Scott anuncia que castigará severísimamente á cualquier particular que dañe los trenes, propiedades ó personas del ejército invasor y que *si los culpables mismos no fueren entregados por las autoridades mexicanas, recaerá el escarmiento en ciudades, villas y vecindarios enteros*" (2)

Hablando de los anexionistas, decía el ministro Trist en una nota reservada: "Simpatizo con ellos vivamente. . . . no me cabe duda que esta incorporación ha de acaecer. . . . pero no ha llegado la hora en que esto suceda *sin peligro incalculable.*" (3)

(Nota bene.—Este peligro ha aumentado para los americanos que huyen hoy todo lo que sea con nosotros guerra armada, por temores á los separatistas y á otras complicaciones.)

Por último, el hombre que en 1847 gobernaba Norte-América, expresó sin rodeos á las Cámaras de su nación la conveniencia de que Scott alentara y protegiera el establecimiento de un gobierno "adicto á ellos" (4)

No caben, pues, engaños, ni medias tintas. Cada partido en las actuales circunstancias debe ceder, y, los equivocados ó culpables, deben reconocer su error ó falta. Madre es la Patria y los perdonará. De esta manera se constituirá la unidad nacional.

(1) Manifiesto en Jalapa de 11 de Mayo.

(2) "Recuerdos de la invasión norte-americana," por Roa Bárcena, pág. 249.

(3) Nota de 6 de Diciembre de 47 al secretario de Estado Buchanan.

(4) "Recuerdos de la invasión," por Roa Bárcena pág. 555.

XI.

Como en batida de caza.—Lo pésimo es lo mejor.—El yo y el tú.—Urdimbre sutilísima.—¡Yerto entre flores!—Estadística de la criminalidad.—Lo público, es privado.

Hacemos con la cuestión americana, lo que, por diversos medios, se pretende hacer con la pieza en una batida de caza: llevarla á un punto preconcebido. No se extrañe, pues, esa especie de vueltas y revueltas que constituyen, nada ménos, la estrategia particular de nuestro plan, el cual nos lleva ahora á hacer ver á los mexicanos que, aun cuando eliminen la cuestión sobrenatural del deber en el patriotismo, los empujan á la lucha lo que llama el insigne P. Félix, *los más vulgares intereses*. (1)

Sin paradoja decimos que "lo pésimo de la situación es lo bueno que tiene," (2) porque lo inmediato del mal y la clase de ataque que nos dirige, que no es vagamente colectivo, sino distributivamente personal, es un aguijón de resultados seguros. No es la casa de allá la que se halla presa de las llamas: es la de acá, es la nuestra. Si nos cruzamos de brazos, se volverá cenizas. De esta manera, como dos puntos de una circunferencia, si lejanos por un lado, cercanos por otro, nuestro egoismo, con solo que no nos dejemos asfixiar por el humo, nos lleva al esfuerzo de la caridad, pues no podemos alcanzar mejoría personal, sin mejoría pública.

A los embates contínuos del americano, ha caído nuestro espíritu público, el egoismo se ha entronizado con la impiedad que aquel, desde nuestra independencia sembrara; la sed de agotar la tierra, ha venido cuando no se ha pensado en el cielo; y como el reinado del YO es opuesto á la prosperidad y la dicha del TÚ, de aquí esas divisiones, esos conflictos, y esos vampiros más ó ménos privados, más ó ménos públicos, que han absorbido en sí, como en otro tonel de las Danaydes, toda la sávia y la sustancia nutriz de la sociedad. Yo no sé, ni sabes tú, ni sabe aquel, por qué modos

(1) "El Socialismo," Conferencia I.

(2) "La Revolución y el Orden Cristiano," págs. 163 y 179.

y por qué caminos refluye en cada *mí* el mal que allá, á lo lejos, según parece, hicieron esos absorbentes YO; pero la verdad es que sucede en la sociedad lo que en una campana: un punto es el herido por el badajo; pero todos se conmueven. Tú, estás pobre; aquel, está enfermo; al otro, le deshonraron su hija; el de más allá, mira inútil su talento; á éste, aprisionan; á ese, lo burla su esposa; males todos *personallísimos*, domésticos, privativos; mas sucede todo esto, decimos, por un influjo general del egoismo, del desórden, de las malas leyes y de las peores costumbres. Sois víctimas *personales* de males públicos que no sabeis ver. Lo demostraremos con sencillísimo ejemplo. La alcoba de vuestra casa está triste, muy triste. ¡Vuestro primogénito se muere! ¡Tan agraciado, tan alegre, y tan en flor de esperanzas que se mostraba! Pero . . . tras congojas de vuestra esposa, cuyos desvelos y prolijas lágrimas se pintan en ese su demacrado semblante, tras gastos exorbitantes que os envuelven en compromisos futuros . . . el niño allí está . . . está rodeado de ramos de simbólica blancura. ¡Yerto, con la boca entreabierta, y sin que vuestra á suspirar mansamente, como cuando lo contemplábais dormido! ¿Y vuestra esposa? ¡Atendedla, atendedla, porque ha perdido la razón!

¿Males privados, decís? No, señor; respondemos nosotros, males públicos. . . . Pero ¿acaso el poder público, como otro Herodes, ha mandado matar vuestro hijo? No es eso; pero remontaos á la causa de esas inmensas desgracias que lamentais. ¿Por qué enfermó, por qué murió vuestro hijo? Por la *adulteración* del líquido nutriz que debió darle vida—una inmoralidad—y por la falta de empeño en la sirvienta encargada de su excogitación y de su compra—otra inmoralidad.—Y estas dos inmoralidades combinadas, estas inmoralidades que vienen como arroyos que corren por la llanura; pero cuya fuente está en lo alto, han sido quienes han asesinado vuestro hijo. Ellas nacen de la sed de lucro en el comerciante, del desprecio de la obediencia y del amor en la sirvienta, dos reflejos del desórden general y público. Subid, seguid subiendo, y vereis la parte que el Consejo de Salubridad tiene en este hecho aislado y la parte que tiene el alto encargado de cumplir los bandos de policía.

Nos direis que los males son en el mundo inevitables. Está bien, no lo negamos; pero con la estadística en la mano, os podemos demostrar que con el incremento de la desmoralización pública ha subido el número de defunciones, de suicidios, de locos,

de mendigos (1) y de toda clase de males. (2) Luego, aunque *privados* para el escogido por víctima, son públicos en su modo de obrar y en sus orígenes. (3)

¿Y no advertís que por un justísimo rechazo vos sois perjudicado por vos mismo, pues vos pagáis ese periódico que siembra la inmoralidad; vos fomentáis ese teatro que con la misma inmoralidad, alza el lujo, el afán de goces y el egoísmo; vos compráis y vendéis en los días festivos, contribuyendo al desprecio de una ley divina, sin la cual, son ilusión las humanas; vos en el trato doméstico no establecéis un cordón sanitario y lo pagáis en vuestras hijas; vos... pero ¿no veis que vuestra vida cristiana tiene más faltas y oquedades que una esponja?

XII.

Lo que se nos dijo de los Estados Unidos.—Lo que es y lo que será.—Su prosperidad es á costa de nuestras desgracias.—¿Dónde estaríamos sin las lógias de Poinsset?—Envidiable situación geográfica de México.—Debta ser vanguardia de la América latina.—¡Espléndido es tu cielo, patria mia!—¡Campo, campo; á las armas!

"Todo, lo anterior, se nos dirá, es civil, político, si se quiere; pero ¿qué tiene que ver con la cuestión internacional asunto de este escrito?" Más de lo que parece; porque esa desmoralización que os degrada, esa *anemia política* que os hace soportar como católicos "las más injuriosas tentativas, los más salvajes excesos," (4) han sido "*calculadas por los americanos*" (5) para impedir el progreso de una nación cuyos elementos de superioridad

(1) Léase, "La sopa de los conventos," pág. 131.

(2) Véase la profunda obra de un sabio francés, Descuret, intitulada: "La medicina de las pasiones."

(3) "La criminalidad en Italia, bajo el imperio del liberalismo." Artículo publicado en el *Eco de Córdoba*; Febrero de 85. Véase el artículo que en 8 de Febrero de 85 escribimos en *La Voz*, referente á la criminalidad en México y sus causas.

(4) Nicolás. "La Revolución."

(5) Ilmo. Sr. Martínez. "La Política Católica," lugar citado.

"*temian.*" (1) Y como el tronco es el que lleva las ramas, resulta que los Estados Unidos son responsables ante Dios y ante la historia, de todos nuestros males interiores. Consecuencia redonda.

Hubo un tiempo en que los Estados Unidos tuvieron mayor partido en México que al presente. Se nos propusieron por modelo y como anegados en "las delicias del nuevo Paraíso." (2) Se trató de abrirles paso en su raza y en sus empresas. Se echó por tierra la unidad religiosa de México, "última barrera de la nacionalidad," (3) y como se introduce, por fuerza de la espiral, un tornillo, así por concesiones y privilegios inconsiderados, hubo el enemigo de semi-adueñarse de nuestro suelo.

Pero el juego de la política humana, que está subordinado al juego de la "Política de Dios y gobierno de Cristo," (4) léjos de dar el resultado que el intruso se proponía, ha puesto en claro, *á tiempo aún*, todos los males, hasta materiales, que de su preponderancia nos han venido, y nos vendrán. Los periódicos no se han cansado de consignar las tropelías individuales de los ensoberbecidos intrusos que han llegado hasta "á arrojar á mexicanos de la plataforma de un tren en movimiento." (5) Ellos han introducido fuertes contrabandos, y con la inundación de sus mercancías, han ahogado nuestra industria. Ellos, en fin, han enriquecido á nuestra costa, y todo lo que en ellos es bienestar, pobreza y ruina y lástima es nosotros. De manera que, por un sarcasmo sangriento, se nos ha ofrecido en tentación á un pueblo que, sin valor civilizado, ni civilizatriz, es sí materialmente próspero; mas con una prosperidad que ha bebido en nuestra sangre y en nuestra desgracia. Es árbol que ha crecido con nuestro jugo. ¡Qué rico no será éste, donde, á pesar de la planta, ha podido ofrecer los frutos que en ella ofrece! ¡Hasta qué punto de progreso no estaríamos al presente, sin Poinsset y sus lógias, sin la expulsión de españoles (que los americanos provocaron y tanto nos empobreció), y sin el estado álgido de continuas revoluciones, insufladas por ellos! (6)

La envidiable disposición geográfica de México, la variedad de sus climas y producciones, la situación de sus puertos, la posibi-

(1) Eyzaguirre. Obra y lugar citados.

(2) Selgas.

(3) "La Cruz," t. I, pág. 230.

(4) Quevedo.

(5) Prensa de la capital.

(6) Eyzaguirre. Obra citada.

lidad de abrir una comunicación interoceánica, el blando trato hospitalario, el talento de sus habitantes, y la comunidad de idioma con casi toda la América, eran elementos que en manos de hábiles gobiernos hubieran producido á la hora de esta, un empuje de irresistible poder y de progreso tales, que ni los Estados Unidos serían lo que son, ni su estado futuro podría igualar al que guardaríamos nosotros. Así es como ha de estudiarse la cuestión para comprender toda la deuda que con nosotros tienen los Estados Unidos.

Esto en cuanto al pasado. ¿Y en cuanto al futuro? ¡Ay! Una doble impresión de cólera y de vergüenza sacude, como un terremoto, nuestro espíritu. Pero despues del primer arrebato, nos alegramos de que sean tan humillantes y tan deshonorosos los males que nos vendrían, porque su sola expectativa tiene que servir de resorte á la actividad nacional y al amor pátrio despertados y enardecidos. Para que los combatientes sepan luchar, bueno es que los combates sean sin misericordia y sin cuartel. Y sin misericordia nos trataría el yankee, una vez asegurada su influencia en nuestro suelo. Con la fuerza de una locomotora barrería nuestra raza y nuestras costumbres. Soportaríamos nosotros, ó nuestros hijos—que para nobles pechos es lo mismo—ese martirio del desprecio, que es el peor de todos, y como lo son los negros en ese pueblo *libre*, seríamos con brutales codazos arrojados de aquellas mismas banquetas donde con sosiego y señorío pasearon nuestros padres. Se corrompería á pasos largos nuestro idioma, que es el que sirve *para hablar con Dios*, (1) quedaría borrada en este suelo la memoria de nuestra literatura, y avanzando los tiempos, ya nadie repetiría con lágrimas de orgullo en los ojos:

“Espléndido es tu cielo, Patria mia,
De un purísimo azul como el zafiro,
Allá tu ardiente sol hace su giro
Y el blanco globo de la luna fria.”

Y esa misma luna, al levantarse sobre los reales volcanes de nuestro encantado Valle de México, el más hermoso del mundo, alumbraría sobre los edificios en que nuestros padres dictaron leyes, ese pabellón de insípidas listas y que se deshonorra con *estrellas*, arrancadas sacrilegamente al cielo de nuestras pátrias libertades.

(1) Célebre expresión del Emperador Carlos V.

Nuestras minas, que debían dar oro para nosotros, lo darían para que se adornasen con collares y con pendientes las hijas hombrunas de esa raza, en vez de servir de delicado ornato á la suave y modesta hermosura de nuestras mexicanas palomas.

¿Qué sería de la torre y de su cruz y del muro venerando donde el pincel mexicano de un Juarez, ó de un Cabrera, extremara el primor y la religiosidad de su arte divino? Caería la torre, caería la cruz, caería el muro, caería la memoria de nuestras glorias y dando con el tosco calzado á los objetos más sagrados y más históricos para nosotros, el yankee preguntaría “¿qué cosa es *esto*?”

¿Con qué corazón veríamos al codicioso arado extranjero descubrir y revolver como huesos de animales, los huesos benditos de ese padre que sudó por nuestro sustento, de esa madre que bendijo sus dolores al darnos el dulcísimo beso primero? . . .

En las milagrosas fuentes benditas, en el mismo santo *poquito* de la Villa, bañarían esos hombres sus más inmundos objetos y se esmerarían en escarnecerlos con sus indecibles asquerosidades . . .

¿Y la choza de nuestro humilde hermano el indio, esa choza pacífica que humea en el repuesto seno de nuestros valles, en el solitario sendero del monte, en la boca de la cañada, dándonos, cuando caminantes, abrigo y sumiso hospedaje, dónde . . . dónde estaría? ¡Ay, VIRGEN DE GUADALUPE, no quedaría en parte alguna!

¡Y qué! ¿A esto se puede resignar un mexicano? ¿No valdría más la muerte que el martirio lento y atroz de la degradación merecida? ¡Armas, armas; campo, campo, para defender DIOS Y PATRIA!

XIII

Las grandes cuestiones internacionales no se resuelven en un día.—Diferencias entre los conquistadores protestantes y los católicos.—Razas extinguidas en N. América.—La esclavitud en un país libre.—Los misioneros de parte del pueblo vencido.—Grandes ejemplos.

La reciente cuestión habida entre México y los Estados Uni-

dos, ha venido á despertar los ánimos, á engendrar esperanzas, á mostrar caminos y á desvanecer en muchos ese falso prestigio que el americano ha cuidado de difundir á su favor entre nosotros. Pero como las grandes cuestiones internacionales y de raza no se resuelven en un día, y hay espíritus que tienen el don de ver sólo las dificultades y no las soluciones, creemos conducente á nuestro propósito, aunque sea á grandes trazos, que la reflexión concordará y perfeccionará, desvanecer algunas falsas ideas que han existido sobre la supuesta civilización y la supuesta viabilidad de los Estados Unidos, cuya fortuna ha sido tal, que muchos que son defectos suyos de calibre, se han hecho figurar entre nosotros como virtudes. Comenzaremos comparando antecedentes históricos.

En los arcanos adorables de la Suma Providencia, se dispuso que aquella región fuese conquistada por protestantes; esta por católicos. Primer rasgo de predilección. El protestantismo, que al quitar á la religión su resplandor divino, turba y desconcierta todas las relaciones individuales, políticas, sociales y humanitarias, (1) el protestantismo que detuvo el curso de la civilización europea é impidió su *homogeneidad*, (2) al ingerirse en aquellas regiones de América, produjo los frutos que producir debía.

El *dogma del valor del hombre* (3) sólo lo tiene el catolicismo, único que puede civilizar, puesto que "la civilización es el amor y respeto del hombre por el hombre." (4) Por eso, pues, al aparecer en son de conquista el protestantismo en el Norte de la América, su política fué una política de desprecio al hombre, hasta el punto que, como fieras bravías, fueron extinguidos á sangre y fuego los antiguos habitantes de ese suelo. "No hay temor, dice un escritor con acento de doloroso sarcasmo, no hay temor de que esa raza se encuentre en el centro de los Estados Unidos." (5) Tal política debía engendrar lo que engendró, un pueblo áspero, filibustero y antihumanitario, cuyas *correrías* se han comparado á las de los *fenicios* y los *argelinos*. (6)

Se dice en lo familiar que la educación se mama en los pechos maternos: lo mismo la civilización y el carácter de un pueblo.

- (1) A. Nicolás. "El Protestantismo."
- (2) Balmes. "El Protestantismo comparado con el Catolicismo. t II, cap. LXV."
- (3) La Gervaisais.
- (4) Ventura. "El poder político," pág. 216.
- (5) Ilmo. Sr. Martínez. Obra citada, pág. 210.
- (6) Id., 225.

Por eso, Norte América, llamándose, diz que modelo de pueblos libres, mantuvo en su suelo la esclavitud que, aunque desecha en el orden legal, queda en las costumbres brutales de tratar á los negros. (1) Por eso "un sólo sentimiento domina á los ciudadanos de Norte América: *yo antes que todo*," (2) y por eso, "ese jóven oscuro con la superficial educación de los Estados Unidos y que se crió *semi-salvaje*, es, en su concepto, *un hombre libre*." (3)

México tuvo la dicha de ser conquistado por católicos. No vamos á hacer la apología de la conquista; pero por fortuna, punto es este ya bastante debatido en que la historia enseña que si los conquistadores cometieron abusos, ni fueron tantos como los de las conquistas protestantes, ni dejaron de sembrar otros bienes; y sobre todo, tuvieron en esos abusos la oposición constante de sus propios compatriotas, los sacerdotes católicos, puestos siempre de parte del vencido. "Las más bellas colonias que ha conocido la historia, se deben á España y á otros países católicos, en los tiempos de su mayor catolicidad." (4)

Sin atender los dominicos á los respetos de la política ni al interés personal, dice un historiador, no quisieron relajar en nada la severidad de su doctrina y aún rehusaron *absolver* y dar la comunión á aquellos *compatriotas* suyos que tenían indios en la esclavitud. (5) Las Casas tuvo la dicha de contener muchas veces los excesos de sus compatriotas y por nada abandonó *la causa de la desgraciada nación que habla tomado por su cuenta*. (6) Así hablan todos los historiadores imparciales.

Puede verse en la *Introducción á los Coloquios espirituales*, de Eslava, cuáles eran los medios pacíficos y gratos que usaban los misioneros para civilizar á los indios, reducirlos á la vida social, é instruirlos en la religión. (7)

Aun en los mismos abusos cometidos, había generalmente un resplandor de esa consideración al hombre que pocas veces olvidan completamente los católicos, y así es que el rey Fernando, aunque hizo repartimiento de indios, en un edicto ordenó fuesen

- (1) Véanse las obras intituladas "Maria ó la esclavitud" y "Costumbres americanas" por Mistriss Trollope.
- (2) Eyzaguirre. "El Catolicismo," t. I, pág. 51.
- (3) Id., págs. 53 y sig.
- (4) Hauleville. "Porvenir de los pueblos católicos," pág. 128.
- (5) Oviedo, lib. II, cap. 6, pág. 67.
- (6) Fr. Agustín David Padilla. "Historia de la fundación de la Provincia de Santiago," págs. 303, 304. Herrera, decad. I, lib. X, cap. XII.
- (7) "Coloquios espirituales, etc.," por D. Joaquín García Icazbalceta.

tratados suavemente, arregló la naturaleza del trabajo á que se les sujetaba, prescribió el modo de vestirlos y alimentarlos, é hizo reglamentos relativos á su instrucción en los principios del cristianismo. (1)

Tal diferencia en la conducta de los pueblos que conquistaron esta y las regiones de Norte América, debía producir contrastes profundos en la fisonomía moral de las naciones que de allí respectivamente debían surgir.

XIV.

Antigua oscuridad de Norte-América en tiempos de la grandeza mexicana.—Sus ciudades antiguas y las nuestras.—Tuvimos la primera imprenta americana.—Sabios indígenas.—Los americanos, según un su compatriota, discurren "poco y mal."—"Sienten solo en la bolsa y en el estómago."—Crímenes horrendos y continuos en esa nación.—Según otro compatriota "corren peligro."—Algunas virtudes que se les suponen, son vicios.—Superioridad de nuestro carácter.

Y así sucedió. Mientras que Balbuena podía cantar la *grandeza mexicana*—"templo de la beldad, alma del gusto"—el país que hoy ocupan los Estados Unidos, estaba sumido en la intolerancia y en la oscuridad. (2) "Compárese lo que era la ciudad de Nueva York en 1774, y qué era Boston en la misma época con lo que eran México, Lima, Puebla, Valladolid, Guadalajara, y se verá la diferencia inmensa que existe entre la política católica y la protestante" (3) La Nueva España tuvo la primera imprenta que pasó el Nuevo Mundo. (4) El conquistador Hernando Cortés, apenas cuatro años después de la conquista, estableció en Texcoco un colegio en que puso á educar á sus expensas cuatro hijos

(1) Herrera, decad., I, lib. IX, cap. 14.

(2) Ilmo. Sr. Martínez. Obra citada, pág. 208.

(3) Idem, idem, pág. 209.

(4) "Defensa del Lic. Castellanos en respuesta al Ministro Siliceo," pág. 17.

del infortunado emperador Moctezuma. (1) Las ciencias y las letras mexicanas favorecidas por numerosos colegios y por célebres universidades, produjeron por aquellos tiempos multitud de hombres notables en todos los ramos del saber humano, sin excluir á indígenas como Pomar, Tezomoc Ayala, Tovar Moctezuma, Fernando Alva, etc., etc. México se honró con lumbreras como Pedro de la Barrera, Juan Molina de Muñoz, Francisco Naranjo y Antonio Lopez Portillo, que dieron muestras de talento y erudición maravillosas. Este último, por ejemplo, entre otras muchas cosas que hizo, en un certámen memorable ofreció decir de memoria y explicar cualquier párrafo de la Instituta, y defender todas las obras de Arnoldo Vinio, designando todas las doctrinas discordes, y ofreciendo, ó conciliarlas, ó defender la que el arguyente le asignase. No solo estos puntos entraron en el certámen, sino otros muchos no menos difíciles; y habiendo tenido por réplicas á lo más selecto de aquel entónces, fué condecorado con los grados de Doctor y Maestro en las cuatro facultades, y premiado de otras diversas maneras. (2)

Por estos antecedentes y comparando lo que eran los dos países, que más tarde debían llamarse México y los Estados Unidos, hubiérase podido augurar para el primero una preponderancia absoluta, pues la indiscutible superioridad intelectual de los mexicanos sobre los otros nacionales, es reconocida hasta por ellos mismos, que dijeron en sus periódicos, al ser enviado Sedgwich, que si él era inteligente indudablemente aquí se encontraría con otros más inteligentes todavía. (3)

Los americanos, según un compatriota suyo, (4) discurren *poco y mal*; gentes tan solo *de negocios*'

Este carácter eminentemente apegado al interés es la señal inequívoca de un americano, que dista mucho de ser un modelo de *civilización*, puesto que esta se funda en principios y ellos "dan poco crédito á las ideas, creen en pocas cosas, y solo sienten en la bolsa y en el estómago."

Al interés del dinero todo lo subordinan. "Mormon mismo ha tenido abiertas sus escuelas, con todos sus absurdos y corrom-

(1) Torquemada y Gomara.

(2) "Defensa" citada, págs. 33 y 34.

(3) El "States."

(4) Brownson, citado por Taparelli. "Del gob. representativo" t. I. pág. 334.

pidos sistemas y lo estarían aún si se hubiese allanado al pago de ciertas contribuciones" (1)

Lo que se ha dado en llamar la civilización de los E. Unidos se compone de "exterioridades" (2); país en que "figuran elementos irregulares" (3), una "anarquía legal completa," en que "el fuego devora por todas partes la propiedad del ciudadano" (4); lleno de mala fé en los contratos y que presenta cada día en bancarrota fortunas que se creían colosales" (5), y cuya prensa vive alimentada de "lo más repugnante de la vida privada." (6)

Véase la siguiente noticia que de las quiebras habidas en los Estados Unidos sólo en el *primer trimestre* del presente año, tomamos de un periódico comercial:

"Las quiebras en la República del Norte, durante el trimestre que cumplió en 31 de Marzo del presente año, fueron en número de *tres mil doscientas tres*, por valor de *veintinueve millones, seiscientos ochenta y un mil, setecientos veintiseis pesos.*" (7) "No hay país mercantil más próspero; pero en ninguna nación se encontrarán tantos fallidos. *Pecado universal* en que caen, del último ciudadano, á los legisladores." (8) ¡Oh prosperidad quebradiza!

Hé aquí cómo un nacional suyo (9) describe la *asombrosa* civilización de la República *modelo*: "La medalla, dice, tiene su reverso: atorméntanos la sed del oro que seca y mata el amor á la ciencia, de las artes, de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello.... Corremos PELIGRO en medio de nuestra *estéril* abundancia.... La práctica, más que la inteligencia, nos distingue.... Nuestra *sola virtud* de que nos enorgullecemos es *el pago al contado*.... En este país, nacido ayer, imperan el lujo, la venalidad, la corrupción, el menosprecio de los trabajos intelectuales y la *burlona indiferencia* de los sentimientos nobles y grandes. De ahí la absoluta falta de buen gusto y del cultivo de las letras; de ahí los deplorables fraudes en los negocios; de ahí, en fin, *las frecuentes bajezas de nuestros políticos.*" El retrato es de casa y de mano maestra. Una observación que equivale á una definición: los Estados Uni-

(1) Eyzaguirre. Obra . t. I. páget. 57. x

(2) Idem. Idem, 75.

(3) Idem, 58.

(4) 59.

(5) 56.

(6) 58.

(7) *Diario Comercial*, de Veracruz, Octubre 10 de 86.

(8) "Cuadro de costumbres americanas" por Beaumont, pág. 239

(9) Citado por "La Cruz," t. I, pág. 308.

dos se hicieron independientes á causa de un fuerte impuesto. ¡Oh becerro de oro!

Este carácter codicioso y sensual de los americanos es el que, determinando como un poderoso resorte su actividad, engendra en ellos ese espíritu atrevido y emprendedor que produce mucho ruido y que deslumbra tanto á los entendimientos superficiales, haciéndoles tomar por virtudes los que son resultados forzosos de un pensamiento que no se levanta dos palmos de la tierra y que, hambriento de materiales deleites, dice: "gocemos hoy y coronémonos de rosas, porque mañana moriremos." No defendemos la molicie; pero, carácter por carácter, preferimos el mexicano, ménos activo, porque el resorte que al americano mueve, meramente animal, degrada más el alma y es más pernicioso, que ese defecto nuestro, en el cual hay, sin embargo, un elemento de virtud que puede, al desenvolverse, corregir el otro elemento que lo deslustra. El americano en nada se detiene para conseguir dinero, todos los medios le son lícitos, (1) carece "del sentido de lo bueno y de lo bello y de lo generoso y de lo grande," y no es de extrañar, por lo mismo, que se absorba en el progreso material, y que lo alcance, mientras nosotros—(que sin sus intrigas podríamos también tener ese progreso)—brillemos mejor por la gloria de las costumbres, por la sabiduría de las leyes, (2) por la hospitalidad del carácter, por la unión de la familia, que allí no existe—ni en consecuencia, el patriotismo y la civilización; (3)—por el esplendor de las artes; por el alcance de nuestra literatura, por los vuelos de la poesía, que tanto manifiestan el carácter y la civilización de un pueblo. (4)

(1) Eyzaguirre. Obra citada.

(2) Hablamos no de las modernas.

(3) Gaume. "Historia de la Sociedad," pág. 489.

(4) Munguía. "El Pensamiento y su enunciaci6n," Balmes. "Escritos póstumos," pág. 38.